

P. Salustiano Rodríguez Brasa, S. I.

(Mones-Petín, Orense, el 06/02/1917-Salamanca, 18/01/2017)

Nació en Mones Petín, un pueblecito orensano de la zona de Valdeorras, el 6 de febrero de 1917, pero cuando era todavía un niño, debido a que su padre iba a emigrar a América, fue llevado a vivir con sus abuelos en Vigo. De hecho, él siempre se consideró más vigués que orensano. En octubre de 1928, a los once años, ingresó en el seminario de Tuy, diócesis a la que pertenecía Vigo, para hacerse sacerdote; en diciembre de 1933 lo hizo en el noviciado que la entonces Provincia de León tenía en Marquain, en Bélgica, donde también hizo el juniorado, y en 1939, ya acabada nuestra guerra, inició su Filosofía en Oña, Burgos, que concluyó en 1942.

Para el magisterio fue destinado a la escuela apostólica de Carrión, y esa experiencia marcó mucho del futuro de su vida: inclinado a los estudios clásicos, de griego y latín, que enseñaba a los aspirantes a entrar en el noviciado. Cuando fue a Comillas, en 1945, para estudiar teología, sólo hizo allí dos años, pues en 1947 se trasladó a Heythrop, Inglaterra, para terminarla, ordenándose allí de sacerdote en septiembre de 1948. Tras la Tercera Probación en Salamanca, 1949-50, se volvió a Inglaterra, para estudiar lenguas clásicas en la Universidad de Oxford, obteniendo la Licenciatura en 1954.



Al volver a España fue destinado a Salamanca, como profesor de los juniors, y también en la Universidad Pontificia, en la que llegó a tener el honor de pronunciar la lección inaugural del curso 1956-57, que tituló “Contribución platónica para un mundo mejor”.

Se puede decir que con esa estancia en Salamanca, enseñando latín y griego, sobre todo en el juniorado, termina, en 1962, la primera gran etapa del P. Brasa, porque, al ser destinado, ese año, a Vigo, su vida cambió en no poca medida. Fueron 24 años en su querido Vigo: primero como profesor en el colegio, pero también comenzó el apostolado directo, que a él le gustaba mucho, y que se intensificó a partir de 1972, cuando fue destinado a la Residencia, formando incluso parte de un pequeño grupo en una especie de *coetus*, muy activo en el apostolado “quasi-parroquial”.

Y, finalmente, la tercera gran etapa de su vida, la de Santiago, la más larga, muy diversa, pero tan fructífera como las demás. Llegó allí en 1978. Éramos entonces una comunidad relativamente

numerosa: unos 18. Su espíritu jovial, dinámico, “positivo” en un grado muy notable, hizo que intimara mucho con los que entonces éramos “relativamente jóvenes”, que éramos casi la mayoría.

Pronto tuvo ocasión de ejercitar lo que fue su gran vocación: las lenguas clásicas. En aquel tiempo el latín era aún asignatura obligatoria en la carrera de Filosofía y Letras de la Universidad, y el griego era una de las optativas. Y como coincidió que la enseñanza de ambas lenguas en la universidad tuviera sus problemas —de los que yo mismo fui también víctima, al menos hasta cierto punto—, se esparció pronto entre los alumnos el rumor de que Brasa era un gran experto, y gran profesor, en ambas materias, y así comenzaron a pedirle “clases particulares”. Fue providencial. Llegó a tener varios grupos de alumnos, alguno de hasta casi 30 personas. Así que durante varios años estuvo muy ocupado en estos menesteres. Y de esos cursos nacieron varias amistades con las familias de alumnos, una de las cuales, los Aymerich, de Vigo, fue muy intensa, a lo largo de los años, hasta el punto de que algunos de ellos viajaron a Salamanca, cuando la muerte de Brasa, para asistir al funeral y entierro. Pero fueron otros muchos, los alumnos y alumnas, y aun sus familias, los que periódicamente pasaban por nuestra casa de Santiago para visitarlo, aun años después, entre ellos, debo añadir a título personal, una sobrina mía que le había cogido un gran cariño.



Al mismo tiempo colaboraba en la iglesia de la residencia, que era, como sigue siendo, la de más culto de la ciudad, después de la catedral. Tan sólo cuando ya, por la edad, no pudo celebrar la misa allí, la celebraba, él solo, en la capilla doméstica - y por cierto con mucha devoción, pues fueron muchas las veces que al ir yo a hacer una visita al Santísimo, pude percibirlo bien claramente.

Poco a poco fue reduciéndose el número de miembros de la comunidad. Pero debo añadir que,

paralelamente, fue creciendo entre nosotros el sentimiento de formar casi una familia, y, desde luego —y puedo decirlo con toda verdad— lo que San Ignacio quería que fuésemos los jesuitas: un grupo de amigos en el Señor. Fue así cómo llegamos a empezar a celebrar los cumpleaños de Brasa y mío conjuntamente: yo cumplía años el 4 de febrero y él el 6; éramos los dos “patriarcas” de aquel pequeño clan jesuítico; así que comenzamos a celebrarlos, y bien solemnemente, el 5.

Particular solemnidad alcanzó el de 2012: yo cumplía 90 años y él 95. Fue una celebración entrañable, en verdad. Vinieron incluso algunos de los superiores anteriores para tomar parte en la celebración. Y la mejor descripción del acto son las dos fotografías que adjunto, la primera del comedor adornado para la ocasión y la segunda, los dos ante la tarta de cumpleaños; y aún añadiré una tercera, bien significativa también: del homenaje que le hicimos unas semanas después a la cocinera, Dolores —que tanto estimaba al P. Brasa, que siempre nos hablaba de venir a Salamanca cuando cumpliera los cien años—, con ocasión de celebrar su cumpleaños, en que fue Brasa el encargado de entregarle el ramo.

Recuerdos entrañables de aquellos años felices, en familia. Luego, cuando comenzaron a faltarle las fuerzas, fue Chucho Garrido quien propuso comprarle el andador, y hasta tuvo la

humorada de que a los pocos días nos sorprendió adosándole una bocina de las de las motos, que entró tocando un poco estrepitosamente durante la comida de mediodía.

Hasta que tuvo que ser trasladado a Salamanca. Y cuando me tocó también a mí el turno del “traslado”, una de las primeras cosas que hice fue ir a visitarlo en la galería de la enfermería. Ya no hablaba, pero la amplia sonrisa con que me recibió y me abrazó lo decía todo; aún volví a verlo otras dos veces, correspondiéndome siempre con la misma sonrisa, que revelaba su alegría.

El P. Superior, P. Teodoro García, en su homilía el día del funeral, resumía así sus últimos días:

“Albergaba la ilusión de llegar a ser centenario. Se quedó a las puertas; ¡y sólo por un par de semanas! En diciembre su salud experimentó un bajón. Viéndole tan débil le propusimos recibir la unción de enfermos. Accedió. Y recibió el sacramento en un sencillo y sentido acto. ¡Y se recuperó!

La ilusión por alcanzar esa meta lo motivaba. Y estábamos casi convencidos de que iba a poder celebrarlo. Sin embargo, el domingo pasado, probablemente un ictus, hizo

que cayera al suelo golpeándose la frente. Ese día pensamos que el final estaba cerca. El equipo médico de urgencia que acudió a verlo así lo creyó. Y la sorpresa volvió a surgir: el lunes pareció resucitar con su sonrisa habitual, y su estar animado (hasta participó en la partida diaria de dominó)...; pero el miércoles en la mañana las esperanzas se truncaron. Y esta vez sí que parecía ser el final. Estuvo tranquilo, con respiración pausada, hasta que suavemente nos dijo adiós”.

Luego, tras recordar su estancia en Salamanca como profesor en el juniorado y en la universidad, añadió:

“Pero serán Vigo, y sobre todo **Santiago; Treinta y dos años**, los lugares donde ejerció su **tarea docente y ministerial**”, y al leerlas se volvió, sonriendo, hacia mí, que estaba en el altar mayor, con otros, concelebrando la santa misa, y en ese momento, esa sonrisa del P. Superior, que tanto quería decir, me aumentó la pena que sentí desde el momento de su muerte, y experimenté la verdad del viejo dicho de que, “cuando un amigo se muere, algo nuestro se muere”. Porque fue mucha la unidad de corazones que se forjó entre nosotros —y no sólo conmigo, sino, por igual, con todos los demás—, en aquellos entrañables años compostelanos.

José López Calo, S. J.

Salamanca, 22 de enero de 2017

